

# MARC CHAGALL

Ibamos. . . Ibamos por los caminos,  
pero los caminos se borraban.  
Eran inútiles porque la vida seguía a nuestro lado.

La vida misma no era nada.  
Nos bastaba una rosa o un vuelo o unos violines  
para dejarla mustia,  
para olvidarla en un rincón del sueño,  
para sentirnos aire de músicas o de ángeles.

Oh, los cuerpos, los cuerpos: no son musgo ni sangre.  
Son un impulso. Un prodigio de columpios arrebatados,  
de saltimbanquis lunáticos, en cuyas manos, o en cuyos ojos  
tiembla un árbol, o una aldea pensativa con gallos y con vacas.

Suspendidos en el trapecio del cielo,  
rozamos apenas los tejados temblorosos  
con un pie, de vientos o de nubes,  
que no pisa la tierra: como la llama  
o como la lámpara que arde en el centro de la noche.

Se han encendido violines entre las sombras.  
Violines o estrellas. Estrellas o ángeles.  
La vida es ese soplo de alas que nos envuelve.

Lo ignoramos todo, porque es nuestra  
toda la sabiduría de no saber nada.  
Nada del peso de las cosas.  
Nada del tiempo inaplazable y terco.  
Nada de nada que nos someta o ate.

Es sencillo volar, como es sencillo ser insecto o estrella.  
Simple como el silencio, como la voz  
que se nos va, entre escamas, de la mano.  
Vuela esta fuente de invisibles serafines que mana el aire.  
Vuela mi casa, mi luz y mi sueño de todas las noches.

Todo es simple, leve, alado. Levealado.  
Se escapan las palabras y las formas,